

Biopolítica y totalitarismo en Hannah Arendt

Anabella Di Pego

La modernidad en el horizonte de la biopolítica

En los últimos años, la noción de biopolítica se ha tornado central en la filosofía política contemporánea. Si bien, la aparición de esta noción se remonta a comienzos del siglo pasado,¹ cobró relevancia a partir de los trabajos que Michel Foucault consagrara a su estudio hacia mediados de 1970. En el curso *Defender la sociedad* (2000), que dictó en 1975-1976 en el *Collège de France*, Foucault advierte que además del poder disciplinario sobre los cuerpos de los individuos, hacia fines del siglo XVIII se desarrolló un biopoder dirigido al manejo de la población en su conjunto. Esta nueva “técnica de poder no disciplinario” que configura la biopolítica, está dirigida a la población en tanto “masa global, afectada por procesos de conjunto que son propios de la vida, como el nacimiento, la muerte, la producción, la enfermedad, etcétera” (Foucault, 2000: 220). De este modo, el “hombre como ser viviente, como perteneciente a una especie biológica” (Castro, 2004: 45) se vuelve objeto de la política, que procura regular a la población y mantener su equilibrio, valiéndose para ello de las estadísticas y otras formas de medición que permiten realizar proyecciones a largo plazo. Así, el control de la natalidad y de las enfermedades, y la extensión del promedio de vida, constituyen sólo algunas de las tecnologías regularizadoras de la vida que utiliza el Estado. Pero este poder que ejerce el Estado para “hacer vivir” también incide “sobre la manera de vivir y sobre el *cómo* de la vida” (Foucault, 2000: 224), es decir, constituye un poder sobre la

¹ En relación con la aparición del término biopolítica y su posterior desarrollo en el siglo XX, ver Esposito, 2006, capítulo I: “El enigma de la biopolítica”.

vida misma, que acaba tomando posesión de ésta,² inclusive, hasta llegar a delimitar qué vida merece ser vivida y cuál no, y por tanto, debe morir. Por eso, Foucault sostiene que “fue el surgimiento del biopoder lo que inscribió el racismo en los mecanismos del Estado” (2000: 230)³, y esto explica en gran parte el posterior advenimiento del nazismo.

Le debemos particularmente a Giorgio Agamben el haber recuperado los aportes de Hannah Arendt para pensar desde un enfoque biopolítico el derrotero de la modernidad.⁴ En *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida* (2003), Agamben destaca que veinte años antes de las primeras formulaciones de Foucault en torno de la biopolítica, Arendt advertía en *La condición humana* (2001) respecto del “proceso que conduce al *homo laborans*, y con él a la vida biológica como tal, a ocupar progresivamente el centro de la escena política del mundo moderno” (Agamben, 2003: 12). Sin embargo, Agamben objeta que los límites de los desarrollos de Arendt residen en el hecho de que “en *The Human Condition* la autora no establezca conexión alguna con los penetrantes análisis que había dedicado con anterioridad al poder totalitario (en los que falta por completo la perspectiva biopolítica)” (2003: 12). De este modo, se produciría la situación paradójica de que Arendt restringe su abordaje biopolítico a la deriva de la modernidad en las sociedades de masas de la posguerra, pero deja fuera de este análisis a los sistemas totalitarios y a los campos de concentración, que constituyen, según Agamben, la máxima realización de la biopolítica en el siglo XX. Así, Agamben sustenta una interpretación de la obra de Arendt, que la muestra escindida entre un análisis filosófico de la sociedad de masas que incorpora una dimensión biopolítica, y un estudio histórico del totalitarismo en el que ésta se encuentra ausente.

En el presente trabajo polemizamos con esta interpretación de Agamben, procurando mostrar que existe una estrecha vinculación entre los desarrollos de *Los orígenes del totalitarismo* (Arendt, 1999) y de *La condición humana* (2001), y que en su abordaje del

² La articulación entre las tecnologías de la disciplina y las tecnologías de la regulación, conduce al poder a hacerse cargo de la vida en su integridad desde lo corporal hasta lo biológico, desde el cuerpo individual hasta la población. Ver Foucault, 2000, p. 229.

³ Ver también Foucault, 2007, p. 359, en donde las razas aparecen como una cuestión referida a la población de la que se ocupa la biopolítica.

⁴ Esta lectura permite posicionar en un nuevo marco el pensamiento político de Arendt, que durante muchos años había quedado restringido a ciertas reapropiaciones por parte de las concepciones comunicativas de la política. Al respecto, ver especialmente Benhabib, 1998.

totalitarismo, Arendt esboza un enfoque biopolítico, que se pone de manifiesto en dos líneas argumentativas centrales del libro: en su tesis del ascenso de lo social, por un lado, y en el análisis de los campos de concentración y exterminio, por otro. De este modo, la interpretación biopolítica del totalitarismo de Arendt, resulta predecesora y se encuentra en continuidad con las posteriores investigaciones de Foucault, e incluso, tal vez pueda aportar elementos para desbrozar algunas complejidades que se plantean en torno de la biopolítica⁵.

El ascenso de lo social como configuración de la biopolítica

En *Los orígenes del totalitarismo*, Arendt advierte respecto de los riesgos que la perversión de la noción de igualdad trae consigo. La igualdad es una precondition de la política: sólo donde nos reconocemos como iguales puede constituirse un espacio político, pero, para que este espacio sea político, también es necesario que sea posible que cada uno pueda distinguirse y manifestar su singularidad. La política, entonces, requiere que nos reconozcamos como iguales, pero que por sabernos distintos, nos aprestemos al diálogo y a la acción con el otro.⁶ En cambio, lo social es un ámbito que se caracteriza por la homogeneidad tendiente a la asimilación. Por eso, en el ámbito social no puede hablarse estrictamente de igualdad sino de igualación o indistinción.

En la época moderna, el ámbito social ha fagocitado la noción política de igualdad tornándola en indistinción. Es decir, la igualdad trasladada hacia lo social conlleva un énfasis en la integración que actúa en desmedro de la preservación de las diferencias entre los individuos, en la medida en que, a través de la uniformidad, persigue la asimilación. Se vuelve un imperativo social que todos seamos lo más parecidos posible, y la diferencia, entonces, es vista como un estigma que amenaza la preservación de la sociedad misma. Esta es la tragedia de la modernidad, aferrándose a la igualdad política acaba sumiéndola bajo la asimilación social, que amenaza a la preservación de las diferencias.

⁵ Debido a la extensión limitada de este trabajo, no abordaremos específicamente los aportes de Arendt a la perspectiva biopolítica, pero esto constituye el marco de sentido más amplio en el que la presente iniciativa se inscribe.

⁶ Ver Arendt, 2001, capítulo V, sección 24, pp. 200-205.

Allí donde la igualdad se torna un hecho mundano en sí misma [...] hay noventa y nueve probabilidades de que será confundida con una cualidad innata de cada individuo que es «normal» si es como todos los demás y «anormal» si resulta diferente. Esta perversión de la igualdad, de un concepto político a un concepto social, es aún mucho más peligrosa cuando una sociedad no deja el más pequeño espacio para los grupos e individuos especiales. (Arendt, 1999: 105)

En la cita precedente de *Los orígenes del totalitarismo*, puede apreciarse que ya está operando la distinción entre lo social y lo político. El solapamiento en la época moderna del ámbito político por el ascenso de lo social constituye uno de “los elementos que más tarde cristalizaron en el nuevo fenómeno totalitario” (Arendt, 1999: 17). Mientras el antisemitismo era de carácter político y se basaba en la noción de delito, podría haber conducido a una legislación antisemita o a una expulsión en masa de los judíos, u otras formas políticas de castigar el delito; pero sólo cuando el antisemitismo se desplaza hacia el ámbito social y se estigmatiza como vicio se abren las puertas para el exterminio porque “un delito tropieza con el castigo; un vicio sólo puede ser exterminado” (1999: 141).

Era preciso que lo social acaparara el ámbito político para que el exterminio fuese posible, porque cuando lo social se impone, prevalece la lógica de la uniformidad y de la indistinción, por lo cual todo debe ser, o bien asimilado, o bien eliminado.

Además, en el ámbito social no hay posibilidad de vida “calificada” sino sólo de vida en el sentido biológico. Por eso, la tesis de Arendt del ascenso de lo social ya procura explicar cómo la política se va tornando en biopolítica, es decir, en una política sobre la vida⁷, que indefectiblemente culmina en una “*tanatopolítica*” (Esposito, 2006: 18). En la medida en que una política sobre la vida implica definir previamente qué vida se quiere reproducir, conduce a la eliminación de las vidas que se consideren inasimilables e indeseables. En la época moderna, entonces, la expansión de lo social con su consecuente auge por la igualación, coloniza el ámbito político, transformándolo en una biopolítica dispuesta en función del mantenimiento y la reproducción de la vida deseable, que conlleva

⁷ Siguiendo a Esposito utilizamos la noción “política sobre la vida” distinguiéndola de “política de la vida”. Esposito considera que esta distinción también puede expresarse a través de los conceptos de biopolítica y biopoder, entendiendo por el primero “una política en nombre de la vida, y por el segundo, una vida sometida al mando de la política” (Esposito, 2006: 26). Aunque seguiremos su primera distinción, no consideramos que haya que reservar el término biopolítica para referirse a una política sobre la vida. Por el contrario, entendemos que la biopolítica es un fenómeno complejo de dimensiones contrapuestas que pugnan en su interior.

también a una *tanatopolítica*. Así, la perspectiva de Arendt se muestra en consonancia con el análisis de Esposito cuando éste señala que “la experiencia nazi representa la culminación de la biopolítica, al menos en la expresión caracterizada por una absoluta indistinción respecto de su reverso tanatopolítico” (2006: 20).

En *La condición humana*, Arendt retoma esta idea de que una de las particularidades de la modernidad es el surgimiento de lo social, como una esfera híbrida entre lo privado y lo público, que pone de manifiesto que ya no es el ámbito privado en donde debe asegurarse la reproducción de la vida sino que ahora éste es un problema social que la política debe afrontar. La política queda, entonces, subordinada a la sociedad, siendo su principal cometido la seguridad y la reproducción social. El proceso que conduce hacia el predominio del *animal laborans*, y que Agamben reconoce como la tesis biopolítica de Arendt, no puede explicarse si no en relación con el ascenso de lo social sobre la política que ya había sido formulado en *Los orígenes del totalitarismo*, y cuyo carácter biopolítico hemos puesto de manifiesto. El ascenso de lo social implica, por tanto, el ascenso de la vida y de sus necesidades hacia el ámbito político.

Los campos de concentración y exterminio como consumación de la biopolítica

En el capítulo “Dominación total” de *Los orígenes del totalitarismo* (1999: 533-557), Arendt emprende el análisis de los campos de concentración y exterminio, centrándose fundamentalmente en los campos del nazismo porque constituyen la realización más extrema del mal. Arendt clasifica los campos de concentración en tres tipos que se corresponden con tres concepciones de la vida después de la muerte: el Hades, el Purgatorio y el Infierno. Al Hades corresponden los campos de concentración de los países no totalitarios donde se recluía a los elementos indeseables (apátridas, refugiados, desempleados, etc.). El Purgatorio corresponde a los campos de trabajo forzado de la Unión Soviética donde la muerte convive con el trabajo debido a la absoluta desatención. El Infierno corresponde a los campos de concentración perfeccionados por los nazis, a tal punto de procurar antes de la muerte, convertir a los seres humanos en cadáveres vivientes (volveremos sobre esta cuestión más adelante). El infierno de los

campos de concentración puso en evidencia la ilimitación del poder de los hombres para cometer las más terribles atrocidades y para alcanzar la dominación total.⁸

La dominación total constituye precisamente la particularidad que trajeron consigo los campos de concentración. Pero para llegar a la dominación total se requieren tres pasos previos y sucesivos. En primer lugar, es necesario matar a la persona jurídica, situando a categorías de personas fuera del marco de la ley a través de la desnacionalización. Una vez consumado esto, el segundo paso hacia la dominación total consiste en la aniquilación de la persona moral, a través de la corrupción de toda posible forma de solidaridad humana y de artilugios para hacer equívoca cualquier decisión de la conciencia, implicando, incluso, a los internados en la maquinaria de asesinato masivo.⁹

Una vez eliminada la persona jurídica y la persona moral, se procedía a la aniquilación de cualquier rastro de individualidad e iniciativa humana. Desde el comienzo mismo del reclutamiento las personas eran tratadas como una masa informe, se los hacinaba dentro de vagones de trenes en los que permanecían durante días apiñados. Este era sólo uno de los diversos mecanismos a través de los cuales las personas eran despojadas de cualquier vestigio de individualidad, limitándose sólo a reaccionar ante estímulos y volviéndose incapaces de realizar algo imprevisto.

Destruir la individualidad es destruir la espontaneidad, el poder del hombre para comenzar algo nuevo a partir de sus propios recursos, algo que no puede ser explicado sobre la base de reacciones al medio ambiente y a los acontecimientos. Sólo quedan entonces *fantasmales marionetas* de rostros humanos que se comportan todas como el perro de los experimentos de Pavlov, que reaccionan todas con perfecta seguridad incluso cuando se dirigen hacia su propia muerte y que no hacen más que reaccionar [...] La sociedad de los *moribundos* establecida en los campos es la única forma de sociedad en la que es posible dominar enteramente al hombre.¹⁰ (Arendt, 1999: 553)

⁸ En este sentido, los campos también significaron el fin de la creencia en el Juicio Final puesto que a partir de su instauración los peores perdieron el temor a ser castigados, y los mejores perdieron la esperanza.

⁹ El caso más terrible, sin lugar a dudas, lo constituyen los comandos especiales (*Sonderkommando*) conformados por internados que debían ocuparse de evacuar a las víctimas de las cámaras de gas y de transportarlas hacia los hornos crematorios.

¹⁰ [El subrayado es mío].

En la cita precedente, puede apreciarse que cuando se consuma la dominación total a través de la eliminación de la persona jurídica y moral, y luego de la aniquilación de todo rastro de espontaneidad e individualidad, lo que queda son “fantasmales marionetas” que sólo pueden reaccionar ante estímulos. Arendt también utiliza términos como “moribundos” y “cadáveres vivos” para dar cuenta de que la dominación total vuelve a los seres humanos irreconocibles como tales, los transforma en vivientes en los que no nos es posible reconocer caracteres propiamente humanos. Estos seres irreconociblemente humanos son los llamados musulmanes (*Musulmänner*) que Primo Levi describe en sus escritos como

la masa anónima, continuamente renovada y siempre idéntica, de no hombres que marchan y trabajan en silencio, apagada en ellos la llama divina, demasiados vacíos ya para sufrir verdaderamente. Se duda en llamarlos vivos: se duda en llamar muerte a su muerte, ante la que no temen porque están demasiados cansados para comprenderla. (Levi, 2005: 120-121)

En los campos de concentración y exterminio, la dominación total genera un ámbito completamente aislado, en donde la vida y la muerte son despojadas del sentido mundano que poseen en nuestra existencia. Por eso, los que se encuentran en un campo de concentración están en un estatuto intermedio entre la vida y la muerte, no están plenamente vivos y no están completamente muertos.¹¹ La vida es meramente vida biológica incapaz de tomar la iniciativa, y la muerte ya no constituye el cierre que dota de significado nuestro paso por el mundo. Así, la vida y la muerte son subsumidas en el ciclo biológico donde todo resulta repetible y no susceptible de singularización, resultando la vida y la muerte de un individuo, indistinguible de la de cualquier otro miembro de su especie. Esto es lo que constituye la radicalidad y la aciaga novedad del totalitarismo. La dominación total propia de los campos de concentración demostró que, en relación con la vida y la muerte, era factible realizar algo que, hasta ese entonces, parecía imposible: eliminar toda espontaneidad y voluntad de un ser humano sin que esto implique su destrucción física, y posteriormente, asesinarlo pero privándolo del significado de su muerte como cierre de un trayecto de existencia singular. La novedad

¹¹ Esto explica que quién sale de un campo de concentración tiene la sensación de que lo que padeció no fue completamente real, sino tal vez una horrible pesadilla. El sentido común de la gente normal se rehúsa a creer en semejantes horrores, así como el mismo sistema político-legal y sus conceptos resultan inadecuados y absurdos para castigar y comprender crímenes a escala tan vasta.

del totalitarismo no reside en sus atrocidades sino en que éstas no estaban vinculadas con motivos utilitarios o de interés propio sino que se desarrollaban bajo el principio “todo es posible”¹².

Hasta la irrupción de la experiencia totalitaria, parecía que por la simple condición de estar vivos podíamos tomar la iniciativa, podíamos hacer algo inesperado. Así, la espontaneidad parecía inherente a la natalidad, porque con el nacimiento de cada persona se abren potencialidades de nuevos comienzos en el mundo. Sin embargo, la dominación total al aniquilar la espontaneidad, socava los cimientos de estas condiciones aparentemente básicas de la vida humana, escindiendo, de este modo, el estar vivo y el ser capaz de comenzar algo nuevo.¹³ Por eso, Arendt advierte que “una victoria de los campos de concentración significaría para los seres humanos el mismo destino inexorable que el empleo de la bomba de hidrógeno sería para el destino de la raza humana” (1999: 539). Los campos de concentración implican la extinción de los seres humanos por su transmutación en “especímenes del animal humano” (Arendt, 1999: 552), en donde la vida carece de espontaneidad y la muerte de sentido. He aquí la consumación de la biopolítica.

De modo que, la terrible particularidad de los campos reside no sólo en el exterminio masivo de personas sino también en mostrar que es posible hacer de ellas un mecanismo biológico sumido en la inercia del ciclo de la vida. Es importante rescatar el carácter cíclico de la vida de estos seres, para quienes, despojados de toda espontaneidad, ni la vida ni la muerte posee significado alguno. No hay un deseo de mantenimiento de la vida ni tampoco temor por la muerte, sólo la continuidad cíclica del proceso biológico.

¹² Tal como advierte Arendt en *Los orígenes del totalitarismo*, la pretensión “utópica” de que todo es posible se torna en un principio siniestro en el marco del nazismo: “Los campos de concentración y exterminio de los regímenes totalitarios sirven de laboratorios en los que se pone a prueba la creencia fundamental del totalitarismo de que todo es posible” (1999: 533). Los crímenes del nazismo no pueden ser encuadrados en el principio de “todo está permitido” en tanto sea útil para determinado fin –utilidad económica, provecho personal, ansias de poder, etc.–, sino que desafían esto, procurando realizar lo imposible.

¹³ Esposito formula una crítica directa a Arendt cuando señala que “contrariamente a quienes vieron en la novedad del nacimiento el presupuesto, simbólico y real, para una acción política renovada, el estupro étnico hizo del nacimiento el punto culminante de la conjunción entre política y muerte” (Esposito, 2006: 14). Resulta insoslayable releer críticamente a Arendt a partir de este señalamiento de Esposito. Aunque este no es el propósito de este trabajo, contribuimos colateralmente señalando que Arendt misma había advertido las limitaciones de la potencialidad política de la natalidad, en la medida en que los campos de concentración mostraron que el nacimiento y la espontaneidad que con él adviene, en lugar de ser condiciones inherentes, pueden ser escindidas del ser humano. Es decir, los seres humanos pueden ser transformados en seres incapaces de cualquier iniciativa, y a esto remiten precisamente las expresiones de Arendt: “especímenes del animal humano”, “cadáveres vivos” y “fantasmales marionetas”.

Desde la perspectiva de Arendt, a través de la fabricación de estos “cadáveres vivos”, la biopolítica alcanza su máxima realización en los campos nazis de concentración y exterminio, que constituyen la institución central del poder totalitario en la medida en que son el modelo de sociedad que estos regímenes pretenden instaurar.¹⁴ El rasgo distintivo de los campos de concentración, entonces, no reside meramente en una *tanatopolítica*, sino en una biopolítica que lleva consigo una *tanatopolítica*.

Proyecciones de la biopolítica

Para concluir, reconstruiremos someramente las dos líneas argumentativas que desarrollamos para mostrar que en *Los orígenes del totalitarismo*, Arendt ya sustenta una perspectiva biopolítica. Al mismo tiempo, esperamos poner de manifiesto algunas consecuencias que se siguen de esta relectura de Arendt en relación con la biopolítica. En primer lugar, destacamos el papel que la distinción entre lo social y lo político desempeña como factor explicativo del totalitarismo. El ámbito social se caracteriza por la expansión de la homogeneidad, y remite a los procesos de asimilación –entre ellos el de los judíos pero también de otras minorías–, predominantes en las sociedades modernas estructuradas en torno de las identidades nacionales. Lo social como ámbito de la asimilación, es decir, de la no diferenciación de los individuos, remite al plano de vida biológica, y se opone a la política como espacio de potencial realización de la espontaneidad de las personas. En la modernidad, se ha producido un solapamiento entre estos ámbitos, que ha conducido a una primacía de lo social sobre la dinámica política. De este modo, la indistinción social sustentada en la vida biológica, se torna el principio rector de la política, dando lugar a la biopolítica.

En relación con esta impronta biopolítica de la tesis arendtiana del ascenso de lo social, quisiéramos esbozar dos breves comentarios. La tesis del ascenso de lo social, obra en Arendt como factor explicativo de la particularidad del derrotero de la política en la modernidad. En este sentido, existe una tendencia semejante en los desarrollos de Arendt, de Foucault y de Esposito, en la medida que procuran develar, sin negar ciertas

¹⁴ “Los campos de concentración [...] no son sólo *la société la plus totalitaire encore réalisée* (David Rousset), sino la guía ideal social de la dominación total en general” (Arendt, 1999: 533).

continuidades subyacentes, la dimensión “específicamente moderna”¹⁵ de la biopolítica. En este sentido, la perspectiva arendtiana próxima a la posición de Esposito, se distancia de Agamben que enfatiza que “la inclusión de la *zoe* en la *polis*” (2003: 18) no es característica de la modernidad sino que ya se encontraba en el surgimiento mismo de la política en la antigüedad. Baste aquí sólo con mencionar esta divergencia, que amerita ser abordada en mayor profundidad en otra ocasión.

Por otra parte, Agamben objeta que según Arendt la dominación total ha hecho posible la emergencia de la nuda vida, es decir, que la dominación totalitaria explica y conduce al surgimiento de la biopolítica. Al respecto, Agamben señala que a Arendt

lo que se le escapa es que el proceso es, de alguna manera, inverso y que precisamente la transformación radical de la política en espacio de la nuda vida (es decir, en un campo de concentración), ha legitimado y hecho necesario el dominio total. (2003: 152)

Sin embargo, creemos que esta objeción de Agamben puede ser respondida a partir de la relectura de Arendt que hemos propuesto. Precisamente, hemos intentado mostrar que la tesis del ascenso de lo social, que implica una reconfiguración de la política como biopolítica, es central en la perspectiva arendtiana para explicar el posterior advenimiento del totalitarismo y de los campos de concentración. Es decir, fue preciso el previo ascenso de lo social sobre la política, y por tanto la constitución de la biopolítica, para que pueda configurarse la dominación totalitaria en los campos de concentración. A la luz del carácter biopolítico de la tesis arendtiana del ascenso de lo social, se disipa la objeción de Agamben y se muestran las profundas afinidades que sustentan ambas posiciones.¹⁶

La segunda línea argumentativa desarrollada, rescata que la terrible novedad de los campos de concentración y exterminio, según Arendt, no reside solamente en la muerte en serie, sino fundamentalmente en mostrar que es posible aniquilar al ser humano antes

¹⁵ Para Esposito la especificidad de la biopolítica en la modernidad sólo puede apreciarse “si se la vincula conceptualmente con la dinámica inmunitaria de protección negativa de la vida” (Esposito, 2006: 17). Así, la biopolítica puesta en perspectiva inmunitaria abre un camino para reconsiderar las ambigüedades foucaultianas respecto de la relación entre biopolítica y modernidad.

¹⁶ A partir de la lectura de Arendt que proponemos, las siguientes palabras de Agamben, no sólo no muestran la particularidad de su posición frente a la perspectiva arendtiana, como pretende Agamben, sino que incluso ponen en evidencia la confluencia de sus concepciones: “Sólo porque en nuestro tiempo la política ha pasado a ser integralmente biopolítica, se ha podido constituir, en una medida desconocida, como política totalitaria” (2003: 152).

de darle muerte física, y posteriormente, arrebatarle la significación de su propia muerte. En los campos de concentración se procuraba despojar de toda espontaneidad a las personas, transformarlas en seres solamente capaces de responder a estímulos, adiestrarlas hasta extinguir toda posibilidad de diferenciación, es decir, hasta volverlas una masa indistinguible. Así, en el campo las personas son despojadas de toda iniciativa y espontaneidad –que se encuentran en la base de cualquier condición política–, y se vuelven meramente vidas sumidas en el ciclo biológico, en donde el nacimiento y la muerte en tanto específicamente humanos carecen de sentido. De este modo, en los campos se expresa en su mayor radicalidad posible la transformación de la política en biopolítica, quedando la “vida sometida al mando de la política” (Esposito, 2006: 26). La biopolítica en los campos de concentración se consume en la absoluta disponibilidad de la vida, que se vuelve completamente manipulable, intercambiable, indistinguible y eliminable.

En definitiva, a través del análisis de estos dos ejes: la pérdida de la distinción entre lo social y lo político, por un lado, y la singularidad de los campos de concentración, por otro, esperamos haber puesto de manifiesto que la perspectiva biopolítica, se encuentra ineludiblemente presente en el abordaje que Arendt realiza del totalitarismo.

Bibliografía

Agamben, Giorgio, *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Traducción de Antonio Gimeno Cuspinera, Valencia, Pre-textos, 2003.

Arendt, Hannah, *Los orígenes del totalitarismo*. Traducción de Guillermo Solana, Madrid, Taurus, 1999.

– – – *La condición humana*. Traducción de Ramón Gil Novales, Barcelona, Paidós, 2001.

Benhabib, Seyla, “Models of Public Space: Hannah Arendt, the Liberal Tradition, and Jürgen Habermas”, en: Landes, Joan (editor), *Feminism, the Public and the Private*. New York, Oxford University Press, 1998.

Castro, Edgardo, *El vocabulario de Michel Foucault. Un recorrido alfabético por sus temas, conceptos y autores*. Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmas, Prometeo, 2004.

Esposito, Roberto, *Bíos. Biopolítica y filosofía*. Traducción de Carlos R. Molinari Marotto, Buenos Aires, Amorrortu, 2006.

Foucault, Michel, *Defender la sociedad*. Traducción de Horacio Pons, Buenos Aires, FCE, 2000.

Foucault, Michel, *Nacimiento de la biopolítica*. Traducción de Horacio Pons, Buenos Aires, FCE, 2007.

Levi, Primo, “Si esto es un hombre”, *Trilogía de Auschwitz*. Traducción de Pilar Gómez Bedate, Barcelona, Aleph, 2005.